

EL REAL MADRID NO TIENE FRONTERAS

Para escribir la historia del Real Madrid, se necesitarían las páginas de un grueso libro, ya que su nombre se elevó a lo más alto del panorama futbolístico mundial. Con sus gestas, le dio prestigio al fútbol español, a Madrid y a España entera.

El Real Madrid es como el Museo del Prado, de ellos se podría estar hablando toda una vida y siempre quedaría algo por decir. Velázquez, Goya, el Greco, Ribera o Zurbarán, dejaron reflejadas en sus cuadros maravillosas pinturas que hoy día se exponen en el Museo del Prado, para su admiración y disfrute. Di Stéfano, Gento, Puskas, Amancio, Juanito, Figo, Ronaldo, Sanchis, F. Hierro, Butragueño, Raúl, Roberto Carlos, Zidane y Cristiano Ronaldo, entre otros muchos, elaboraron sobre el césped del Bernabéu, improvisadas jugadas que sólo están al alcance de unos pocos privilegiados.

El Real Madrid es un club admirado por la gran mayoría, y como tal, también criticado por los envidiosos.

Yo de niño vivía en una pequeña aldea del interior de la provincia de la Coruña, en la que todavía no había luz eléctrica y los periódicos sólo llegaban a la capital municipal que estaba a cinco kilómetros de mi casa, por lo que hasta los ocho años no tuve contacto alguno con el fútbol.

En la capital del municipio ya había un equipo de tercera división, y algunos de los mozos de la aldea iban a verlo jugar y luego hacían comentarios entre ellos de los partidos y el juego desarrollado. De paso también discutían sobre las crónicas que leían en los periódicos de los partidos del campeonato español de liga. Por ellos me enteré de que Di Stéfano, Gento, Alonso, Atienza, Marquitos, Miguel Muñoz y Joseíto, entre otros, jugaban en el Real Madrid, y que el 13 de junio del año 1956, el equipo blanco fue campeón de Europa.

Yo verdaderamente, todavía no comprendía lo que significaba ser campeón de Europa, pero suponía que debía ser una cosa muy grande, porque el Real Madrid le había ganado a un equipo francés y eso demostraba que los españoles éramos mejores que los extranjeros. Desde aquel momento empecé a sentir simpatía por el Real Madrid.

Aquel año 56, yo cumplía 10 años, era muy aplicado en el colegio, y siguiendo los consejos de mi madre, también era muy religioso. Por aquel entonces llegó a la parroquia un cura muy joven, recién salido del seminario y me puso a mí de sacristán. El cura era muy aficionado al fútbol y los domingos después del catecismo jugaba con nosotros en el atrio de la iglesia. A partir de entonces era él quién me ponía al día de lo que acontecía en el mundo futbolístico. Él tenía casa en la aldea, pero sus padres vivían en el pueblo y los visitaba a

menudo. Allí leía los periódicos y escuchaba la radio y luego me contaba todo lo ocurrido en los campos de fútbol español.

Era un cura muy moderno, fumaba, entraba en las tabernas con los otros jóvenes e iba al fútbol. Cuando se desplazaba a sitios donde no le conocían, solía vestir de paisano y dejarse la sotana en casa.

El 28 de octubre de 1956, gracias a él, vi por primera vez jugar al Real Madrid. Nos trasladamos a La Coruña en su recién estrenada moto, una Lambretta, LD, fabricada en Éibar, con licencia italiana.

Yo estaba alucinado viendo la cantidad de gente que había en el estadio de Riazor. Sentía pasión por el Real Madrid, pero por paisanaje, también era simpatizante del Deportivo de La Coruña, aunque claro está, el Real Madrid había ganado la copa de Europa y eso ningún otro equipo lo había conseguido, por lo tanto para mí era un sueño poder ver a los campeones de cerca. Aquel día se cumplía mi sueño, los tenía allí delante de mí, viéndoles hacer jugadas maravillosas.

Durante bastante tiempo, presumí ante los amigos de la aldea, contándoles que había visto a los jugadores del Real Madrid en persona y explicándoles las internadas de Gento por la banda y como jugaban, Muñoz, Kopa, Marquitos o Di Stéfano, que marcó los dos goles del Real Madrid aquella tarde, y que supusieron la victoria del Real Madrid sobre el Deportivo por dos goles a uno.

Desde aquel día me hice incondicional del Real Madrid y lo seguiré siendo mientras viva.

En 1959, por fin llegó la luz eléctrica a la aldea donde yo vivía y un vecino nuestro compró un aparato de radio Ondine. El vecino en cuestión se llamaba Manuel. Era comunista y había estado en la cárcel en la posguerra, por dar cobijo en su casa a unos guerrilleros. Sus convicciones eran tan fuertes, que se había comprado la radio, única y exclusivamente para por las noches, en compañía de otros camaradas de la aldea, escuchar radio Pirenaica, una emisora comunista clandestina, que transmitía desde Rumanía para España. El señor Manuel no escuchaba otro programa y como a mí me quería mucho, me dejaba escuchar la radio todo el tiempo que quisiera. Me pasaba horas y horas pendiente de los partidos y los comentarios de los grandes e inolvidables locutores, Matías Prat y Enrique Mariñas.

Los recuerdos de la infancia permanecen indelebles en nuestra memoria. Yo recuerdo todos aquellos acontecimientos con total claridad, a pesar de que alguno de ellos, ocurrió hace casi sesenta años.

Recuerdo la alegría que me llevé cuando el Real Madrid eliminó al Barcelona en semifinales de la copa de Europa, ganándole 3-1 en los dos campos y luego el 18 de mayo de 1960, venció en la final al Eintracht de Frankfurt por 7 goles a 3, ¡Cómo celebré los cuatro goles de Puskas y los tres de Di Stéfano, escuchándolos cantar en la radio por aquellos locutores tan apasionados!

Cada día mis conocimientos futbolísticos eran mayores y mi pasión por el Real Madrid aumentaba. Sabía de carretilla todas sus alineaciones.

Por fin llegó la televisión a Galicia y el señor cura se compró un televisor. Se lo instalaron el día 2 de mayo de 1962, en que el Real Madrid jugaba la final de la copa de Europa contra el Benfica portugués, que el año anterior había vencido al Barcelona en la final de la copa de Europa por 3 goles a 2 en Berna.

Yo ya no era sacristán, pero me seguía llevando bien con el cura y pasé toda la tarde en su casa, viendo como le instalaban el televisor y la antena. Luego ya me quedé allí para no perderme detalle de todo lo que acontecía antes del inicio del partido.

Para mi era una novedad ver a los jugadores dentro de aquel aparato tan pequeño. La verdad es que en la pantalla se veían más las estrellitas y las rayas que los jugadores. Había numerosas interferencias y en la mayoría de las jugadas había que imaginarse por donde andaba el balón, pero con todos los fallos y las interrupciones de la transmisión, a mí ya me parecía fantástico poder ver un partido de fútbol sin tener que ir al campo, aunque no distinguiese bien a los jugadores.

La pena fue que el Madrid no tuvo demasiada suerte y perdió por 5 a 3. Cuando terminó el partido, gruesas lágrimas resbalaban por mis mejillas. El cura trató de animarme diciéndome que el Real Madrid ya tenía 5 copas de Europa y que no podía ganarla todos los años. Incluso me dijo con un poco de guasa, que había que repartir con los que menos tenían.

Aquel año fue desastroso para el Real Madrid, ya que en la primera eliminatoria de la copa de Europa del año siguiente, quedó eliminado ante el Anderlecht belga, en la primera ronda, con el consiguiente disgusto que me llevé nuevamente.

De aquella tristeza, me resarcí totalmente, la temporada 65-66, en la que el Real Madrid ganó su sexta copa de Europa. Aquella gesta quedó grabada en mi corazón como algo grandioso, por lo que fue capaz de hacer el Real Madrid, totalmente renovado, convirtiéndose en uno de los cinco equipos, que hasta ahora, han ganado la copa de Europa sin jugadores extranjeros.

Las eliminatorias contra el Anderlecht y sobre todo contra el Inter de Milán, de don Helenio Herrera, fueron de auténtico infarto, culminando la conquista de la Copa de Europa al vencer en la final al Partizán de Belgrado en el estadio Heysel de Bruselas por 2 a 1.

Todavía hoy recuerdo aquella copa con verdadero cariño, por todas las connotaciones que la rodearon: además de ser todos los jugadores del Real Madrid españoles, era un equipo renovado, sin grandes figuras y con mucha juventud en sus componentes.

33 años después, en la temporada 95-96, lleve a mi hijo, que por aquel entonces tenía 7 años, a Riazor para ver al Deportivo de La Coruña y al Real Madrid. Él adora al Real Madrid, y al contrario de lo que me había sucedido a mí, ya lo había visto jugar varias veces por televisión, sin embargo aquel día se le veía entusiasmado. Por fin iba a ver a sus ídolos de cerca. Recuerdo que esperamos un buen rato en la entrada del estadio, para ver a los jugadores del Real Madrid descender del autobús.

Teníamos entradas para preferente y ocupamos pronto nuestros asientos para ver a los jugadores ya en el calentamiento.

Mi hijo no le quitaba ojo a los movimientos de los jugadores que correteaban por el césped, sobre todo a Raúl, que por aquel entonces era muy joven y a Zamorano, que eran sus ídolos. Lo veía disfrutar y me veía yo reflejado en su rostro, cuando 39 años atrás, había visto por primera vez al Real Madrid en aquel mismo estadio, aunque ahora muy remodelado y en mejores condiciones, tanto para los jugadores, como para los espectadores.

Comenzó el partido y pronto el Deportivo se hizo dominador de la contienda. Beбето marcó el primer gol y fue como si a mi hijo le dieran un mazazo en la cabeza. Luego marcó el segundo y en pocos minutos el mismo jugador anotó el tercero. Su equipo del alma perdía 3 a 0. Se tapó la cara con la bufanda del Madrid que se había comprado en la entrada del estadio y vi que estaba llorando. Sentí pena por él y recordé que se repetía la historia vivida por mí muchos años atrás, cuando también había llorado por la derrota del Real Madrid ante el Benfica. Lo abracé y al igual que había hecho el cura conmigo, traté de consolarlo.

—No se puede ganar todos los días —le dije—, además este es un partido de liga, y es una competición por puntos, no una eliminatoria. El Real Madrid fue campeón de liga la temporada pasada, y aún puede serlo esta también.

Él no me contestó.

— Un día te he de llevar al Bernabéu—le prometí.

Entonces se alegró un poco y mirándome fijamente me preguntó:

—¿Cuándo?

—Cuando el Madrid gane la séptima copa de Europa —le dije.

Y como lo prometido es deuda, en el año 1999 nos fuimos a Madrid y estuvimos en el Bernabéu. ¡Cuánto gozó mi hijo viendo todos los trofeos en el museo del Real Madrid! Se hizo un montón de fotos, sobre todo con la séptima copa de Europa. Aún hoy en día, que ya es un hombre hecho y derecho, tiene parte de las paredes de su dormitorio cubiertas de fotos y posters del Real Madrid.

Yo creo que se puede ser fan de un club por diferentes motivos: por vecindad, por rivalidad con otro club, e incluso por política, pero en el mundo entero, hay millones de incondicionales del Real Madrid, sin que este club se considerase nunca algo más que un club. Se dedicó única y exclusivamente a jugar al fútbol, que es lo suyo, y a ganar títulos. El Real Madrid siempre pretendió ser el club de todos, por encima de todas las fronteras políticas, culturales o religiosas. Por eso es el club más grande del mundo.

Yo no sé si mi hijo heredó de mí la pasión por el Real Madrid, ya que de niño le compré las camisetas de Iván Zamorano y de Raúl, pero yo creo que el amor y la pasión, salen del fondo del alma de cada uno, independientemente de las influencias externas. Yo creo que la magia del equipo blanco, que da alegrías, con su garra, su entrega, su lucha constante por ser el mejor, y también por su buen juego, su solera, su señorío y su nobleza, que causa entusiasmo, admiración y orgullo en el mundo entero, influyó definitivamente en el pensamiento de mi hijo, como anteriormente influyó en el mío, cuando escuché en la radio sus hazañas y luego lo vi jugar por vez primera en Riazor, llevado de paquete en una Lambretta por un cura celtista.

Yo desde niño soy fan de Real Madrid (el equipo más famoso y prestigioso del mundo), pero no fanático, porque el fanatismo ciega y no deja ver la realidad. Yo amo al Real Madrid, pero no sólo por sus victorias, también por su forma de comportarse en el campo y fuera de él. Cuando el Madrid pierde me duele, pero me siento más madridista todavía, porque siempre lo da todo y hay que reconocer que no se puede ganar siempre.

El Real Madrid, no tiene ni quiere fronteras,
es el club más grande de todos los tiempos,
es un club de vencedores,
es un club de millones de seguidores.
¡Es el club de mis amores!